

Obra ganadora: *La suerte come barato*

Autor: Miguel Ángel Rubio Rubio

Era domingo y fuimos con unos amigos a comer a un restaurante autoservicio después de ver una película en el Arte Plex, por la Av. Cabildo, en Belgrano. El restaurante tiene un aire proletario y ofrece comidas no muy gustosas y postres a los que uno podría renunciar ahorrando dentadura, sin remordimientos de conciencia ni gástricos. No es que haya necesariamente una relación directa entre el mal gusto y lo proletario, pero mi adolescencia en las “fritangas” de Avellaneda y Puente Alsina me dejó ese “tic” clasificatorio en las papilas gustativas. Ese día llevaba unos vaqueros holgados con bolsillos generosos y amplios. Nada que ver con ese otro tipo de vaquero amarrete, que se usa actualmente y que, para ahorrar distancias, tiene bolsillos que se pegan al llevador y que hacen que al poner un objeto dentro generen protuberancias y relieves que, más de una vez, deforman al propietario. ¿Vieron esos cuerpos gomosos envueltos en pantalones tan ajustados que parecen como envasados al vacío? Bueno, de esos, como dije, no eran los míos.

Una de esas protuberancias, quizás la más erótica y codiciada de todas las protuberancias posibles, es la de la billetera que desde hace unas décadas la mayoría de los bípedos masculinos llevamos en el bolsillo de atrás. Yo llevaba ese día también mi billetera beige despatarrada en la anticuada ampulosidad de ese bolsillo. En el trajín de elegir platos y bebidas la saqué y la puse sobre la bandeja. Unos momentos después, al pasar por el cajero pagué y la guardé o creí que la guardaba. Debería haber sentido al menos su peso, pero mi glúteo derecho (posiblemente adormilado por la milanesa triste y el pálido puré que había elegido como cena), no me mandó ninguna señal. Distraído por el tráfico de gente y los ruidos no pensé más en eso. Salimos del restaurante y nos fuimos a ahogar las penas gastronómicas en una porción de helado en la sucursal de un conocido

fabricante artesanal que queda en la Av. Libertador. Este negocio pertenece a la misma cadena que muchos otros del mismo nombre, sí, pero por eso de la sugestión y lo que predica la gente, tiene fama de ofrecer calidades más gustosas que otras sucursales. La distancia entre el restaurante y la heladería no es grande y habremos tardado unos 15 minutos en llegar. Mi amigo estacionó el auto y yo fui el primero en bajar preparándome logística y psicológicamente para el postre: ¿haría poner la bola de chocolate abajo y la de dulce de leche arriba o viceversa? (mi ortodoxia en cuanto a helados no me saca de esos dos gustos, solo que a veces intento sorprender a mi hipófisis cambiando el alineamiento). Anticipando el paso por la caja de la heladería, tiré la mano hacia el bolsillo trasero pero no encontré nada. Arrugas de preocupación se atrincheraron inmediatamente en mi cara. Me fijé por todas partes y me palpé varias veces el cuerpo buscándola, suponiendo que quizás había un agujero secreto que yo no conocía y la billetera se había escurrido hacía ahí. Pero nada. Esa repentina gimnasia inesperada aumentó la temperatura corporal que derritió y desmoronó el proyecto de helado. Volví hacia donde estaba estacionado el auto. Miré dentro en el asiento, y debajo. Nada. Miré al lado del auto en la zanja y cordón. Nada. Rebobiné mis movimientos de la última media hora y me di cuenta que mis manos habían hecho un montón de cosas en ese tiempo. Demasiadas cosas para un país embrujado en donde, insisten algunos diarios y canales de televisión, pasa de todo. La desesperación de haberla perdido para siempre me llevó a buscar una letra de tango con qué consolarme. No la encontré. Había tangos para madres, mujeres infieles, mujeres fieles, muchachas de barrio inocentes y pícaras, tuberculosos, rubias o morochas, guitarras y roperos, viejos y jóvenes. ¿Pero para billeteras? no. ¿Dónde se pudo haber caído? Y si se me cayó por ahí, seguro que no la vería jamás. O quizás sí la encontraría, pero vacía. Vacía. Vacía, vacía, repetí en mi cabeza.

Mis amigos abrían opciones optimistas, ofreciéndome alternativas. Mi mujer también me consolaba (aunque en verdad pensaba “yo te dije que no la pongas en ese bolsillo bolsón, se te va a caer y ¿después? ¿hmmm?”). Perdida, perdida. “Ya fue” me susurré en silencio actualizando mi vocabulario de situaciones extremas. Después del contacto diario de esas dos semanas (porque era mi billetera nacional, la que uso ritualmente cuando vuelvo a Argentina). Dos semanas acariciándola, sintiendo la patria en sus pliegues, enganchando al DNI en su arquitectura, lubricándola con el uso. No volver a tenerla, a sentirla, me trastornó. De haber estado menos preocupado y más libre mentalmente hubiese compuesto el tango. Tenía la letra, desordenada todavía, pero estaba ahí. La billetera no era tango todavía. Por el momento era un recuerdo de cuero con mi historia personal adentro. Se fué con el DNI en el que están impresas crípticamente todas mis intimidades y secretos. Sin DNI yo no sería nada, administrativamente sin cara, sin nariz, sin mis rejuvenecedores puentes dentarios (pertenezco a la tribu anterior a los implantes). ¿Sacar otro DNI? Posible, pero no tendría tiempo para hacerlo y el viaje a Cataratas planeado para el martes siguiente y pagado de antemano se iría al pozo. Sin DNI no podría subir a aviones, entrar a hoteles, visitar parques, participar de la ducha de la Gran Aventura, ir al lado brasileño para admirar la caída de millones de litros de agua en portugués. Además, estaban los ochocientos pesos que había acomodado ordenaditos en una de las arrugas secretas de la billetera. Ellos también se esfumaron. Ochocientos pesos: ocho veces la cara repetida del presidente que sabía elegir a sus sastres y que impecablemente vestido montó a caballo y sedujo al desierto. Con unas cuantas órdenes y otros tantos tiros rompió fronteras y amplió el país en valientes campañas contra indios pretenciosos y ciegos, que se resistían a que el futuro entrase en esa parte del planeta. El presidente a caballo. Un héroe de la historia del país estampado junto a su tropa en ocho billetes que estarían desparramados en algún bolsillo extraño. Y ahora que pienso ¡también la tarjeta del Subte estaba ahí dentro acompañando a la tropa! ¡La tarjeta del

Subte con 120 pesos todavía! ¡Qué festín se estaría dando el que la encontró! De ser honesto, es decir, recto y honrado como lo define el diccionario, hubiese pensado "se la devolveré al dueño del DNI" pobre hombre, una billetera con tanta plata y documentos. Además, esa espigada y bien puesta impresión digital es obviamente la impresión digital de un pulgar honesto. La impresión digital de un jubilado, de un miembro de ese ejército de víctimas que está siempre en las trincheras del sufrimiento y de la precariedad. "Esas deberían ser más que razones para devolverla" debería haber pensado.

Mi amigo me sacó de la maraña de dramas y escenas teatrales que tenía en la cabeza y me propuso:

—Volvamos a donde estaba estacionado cerca del restaurante, en una de esas se cayó al lado del auto cuando entraste.

Pausa. Agregó:

—Podría estar también en donde comimos. Volvamos y miremos.

Volver, sí, aunque tuviera que arrastrar mi frente marchita por toda la ciudad, todos decidimos unánimemente: volver. Esa decisión me sacó de mi precolapso anímico (no me pregunten qué es exactamente, pero debe existir porque se lo oí usar repetidamente a dos estudiantes de psicología que estaban sentadas en la mesa de al lado en el café de Triunvirato y Mendoza discutiendo acaloradamente sobre autocontrol y suicidio). Volvimos. Durante el viaje de vuelta fui invocando a la suerte a mi manera, como siempre lo hago, resignándome internamente, no exigiéndole nada, mostrándole el cuello como hacen los lobos cuando quieren acercarse a las lobas, dándole a entender que ella es siempre la más fuerte y que si me sonrío yo seré su más fiel adorador. Un ritual hipócrita y oportunista, lo reconozco. Pero que me funcionó en el pasado.

Llegamos cerca del restaurante. Intrépidamente, mi amigo trató de estacionar en algún lado más o menos discreto, desafiando todas las miradas sorprendidas de que alguien se atreviera a dejar el coche ahí en el medio de una avenida en constante estado de guerra. Lo arrimó lo más que pudo a una pila de escombros que el “admirado y respetado” jefe de gobierno de la ciudad usaba como emblema para mostrar que sólo con escombros se consigue una metrópolis más moderna. “Escombreado avanzamos” ¿por qué no? Me bajé impulsado por una urgencia de “el tiempo es oro y si llego antes al lugar quizás todavía esté ahí”. Eso mezclado con “al que madruga, la suerte lo ayuda” me dio fe, regeneró mi esperanza. El deseo de reencontrarme nuevamente con mi más apreciado yo, retratado en ese documento, con mi suave billetera hecha con piel de vaca autóctona, volver a darle la mano al diminuto pero grande presidente y su caballo, de sonreírle a la “Subte” y el crédito para unos 40 viajes cortos en colectivo se apoderó de mi corteza cerebral. Por unos segundos pensé que mi voluntad haría que ella estuviera ahí, acurrucadita, esperando a que yo la devolviera a su lugar calentito y acolchonado por músculos macizos y bien irrigados. Corrí los 90 metros hasta el restaurante, entré y me acerqué a la mesa en donde habíamos estado. No había ninguna mancha beige sobre el piso. En la mesa un señor de unos 50 años lijaba trabajosamente su dentadura con una milanesa arenosa parienta de la que había comido yo. Juraría que era una milanesa con el mismo ADN que la que me había tocado a mí hacía una hora. A juzgar por su expresión el señor no parecía haber experimentado ninguna alegría en la última hora. Si hubiese encontrado la billetera con los ochocientos pesos su cara sería otra, me imagino. Seguí de largo hacia la caja. El cajero vio mi aire de búsqueda, mi cara preocupada y se me quedó mirando, esperando muy serio a que dijera algo. De repente se sonrió rompiendo el hielo y sabiendo que sería el propietario de mi primera sonrisa en la última hora, dijo una frase de culebrón mexicano:

—No hay nada como volver a encontrar a un viejo amor, ¿no?

Esperó mi reacción pensando en la próxima frase y sin notar mi alegría.

—Casi se fuga con otro pero yo la frené y le dije que no te abandone, que volverías.

—Mirala ahí está esperando quietita al lado de la caja,

terminó comentando y riéndose suavemente de su ocurrencia. La ocurrencia me pareció digna de celebración. En esos momentos me dieron ganas de abrazarlo o de aplaudir. Agarró la billetera y me la dio, pero primero, como para satisfacer el protocolo, controló que yo fuera el que estaba en el DNI. Y lo era.

Tuve suerte.

Días más tarde pasé por el restaurante y fui directamente a la caja con unos chokolatines alemanes rellenos de mazapán. Se los di a ese cirujano de almas, a ese extirpador de penas que seguía al lado de su caja ocupado, cobrando, dando vueltos, acomodando billetes. Agarró la caja con los chokolatines casi mecánicamente como si no hubiese estado esperando nada. Apenas me miró, como si me hubiese olvidado por completo. Posiblemente en esos pocos días otras historias fueron cubriendo y empujando la mía fuera de su mira y memoria. Miró la caja una vez más, me dijo amablemente “gracias,” la puso al costado de la registradora y sonrió aunque no supe si a mí o al cliente que tenía delante. Segundos después levantó nuevamente la vista y me miró por última vez como diciéndome “está bien, ya fue.”

Buenos Aires 2014/Hamburgo 2018